

fianzas continuamos el exámen de mi conciencia, hasta que en fin pude acabar de revelar á los pies del generoso amigo que me habia destinado la divina Providencia, todos los descaños y dolores de mi inmundada y abominable vida, que por las tardes continué instruyéndome unas veces de cosas necesarias, exhortándome otras á despertar en mi corazón

los sentimientos que debían acompañarle en tan santa y elevada scción, y que en fin, llegó el día que el Dios de misericordias habia destinado para la resurrección de un miserable; pero esto será asunto de mi primera carta. Adios, Teodoro.

CARTA XXV.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro querido: Al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debia ser el de mi libertad y adopción en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad que encubria después de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me habia dicho: Vuestra reconciliación con la santa madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesión esta hecha, y os habeis acusado ya á Dios en la persona de su indigno ministro de todas las iniquidades que después de un prudente exámen habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debéis pensar sino en recibir la absolución con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo y por su gracia ya nos hemos desembarazado de esa atencion, que ocupa mucho y seca el corazón por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se le han borrado, me parece, digo, que ahora debéis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compuncion, para pedir con el profeta, que os sustenten en ellos con el pan de vuestro dolor, y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su sagrado tribunal un corazón tan pasoroso de haberle ofendido como resultado á no ofenderlo mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfacción que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponia, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolución.

¿Cómo te pintará, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable apóstol de la caridad? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y andáges al grande objeto que nos ocupaba. Ya no hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosas penitencias, y rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedía que los acompañase con su omnipotente mediación; ya lanzaba de su corazón suspi-

ros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecia que afectos tan vivos no podian dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el seno de Dios, y que mi floja y débil oracion podria unida con la suya elevarse tambien hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Judea y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el pueblo de Belen hasta el sacrificio del Calvario, y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos y renovar me el propósito y resolución de reformar mi vida.

A veces invocaba á Maria la madre de Jesús, á José su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovacion y nos ayudasen á dar gracias á Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciéndome la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días, que alcanzarán á este ángel incomparable una preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del día que debia alumbrar la resurrección de un muerto y en que se resombraron todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. El padre mas temprano de lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto es siempre venerable y que en su aire y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspección que producen en los que le miran una impresión viva de su virtud, me pareció que aquel día se habian reforzado estas excelentes calidades y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de union y de santidad.

Me dijo que le siguiese á la capilla y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno

suspicio, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí desparavido y alterado. El entró á la sacristía, se revestió de los vestidos sacerdotales y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo mas tiempo en el altar que otras. Yo le oí exhalar gemidos con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dudo que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos y vi los suyos empapados de lágrimas, que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigían á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era para salir del pecho para seguirle en el raptó, con que volaba en el suyo. En fin, acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demás sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas y me puse á sus pies, me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro y le represento. Vos me habeis hecho confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y parecéis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aqui para ponerlos en la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar, abrazos en espíritu con ella, y uníos á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibáis la aspersión de la sangre adorable que la inmensa entidad del Dios hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador, para rociarlos con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oír estas palabras; pero él me dijo: No temáis, señor. Vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderlos. El es vuestra vida y no podéis hallarla sino en él. Uníos pues con esa cruz en que la caridad de Jesús se ha crucificado, y llorad abrazado con ella los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones: Dios por su bondad os oculte su horroroso aspecto para que no desfallezáis; pero si queréis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved cómo han puesto al Hijo Unigenito del Eterno Padre, y considerad cuántos deben ser los horrores de un mal que no quisiera existir sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Esos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para librarnos de ellos. Allí es donde vos debieramos estar, y nada consiguiéramos con eso si su amor no le hubiera movido á crucificarnos el primero y á él nuestro no nos mueva á nosotros á crucificarnos con él.

Olividad en este instante lo que ha hecho por los otros para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que el Salvador es de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otro sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasion. No lo dudéis, señor, si vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, si asegurada de la veracidad de su palabra recibe con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habiais adquirido por el santo bautismo y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inextinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como padre, á reconocerlos por su hijo y volverlos á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror como en largo tiempo se apartaron, se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debéis á la inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debéis; y habiendo tenido la desgracia de haberlo sido tanto tiempo ingrato, hareis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida. Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Si duda se le debe temer, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable; ¿Qué pro se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable solo para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestro corazón con preferencia y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volvemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religion? Al Verbo divino, á la Sabiduría increada, al Hijo unigenito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz repudiada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas crueles dolores, lleno de oropagos, que expira en los tormentos, despreciado de los hombres y como desaparecido del Padre.

¿Y por qué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del cielo y en cuya presencia los ángeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan ajenos de su inocencia? ¿Por qué aplicar la justa indignacion de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de obtener el perdón de sus in-

gre y están en posesión de sus mismas prerrogativas, que el estado de Jesucristo es con cierta proporción el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltación ya está concluida y que si nos mantuvimos firmes en su alianza, nuestra ascensión y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta, del estado sobrenatural y divino á que nos eleva la justificación cristiana. Ella nos pone en una clase superior á toda grandeza. Nada puede compararse al alma que está en ella; así esta gracia del Salvador que habita en nosotros debe ser un rasgo, una vislumbre, una participación de esta gran claridad de Dios de que habla Jesucristo y que dice haber poseído en la esencia divina antes de que el mundo saliese de la nada.

Esta comunicación del ser de Dios y su divina luz con el alma que ha recibido la aplicación de los méritos del Redentor, es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el órgano sagrado que la une. El solo es el haz estrecho de este comercio incomprendible por una residencia íntima y verdadera en el seno de nuestra alma. *La caridad de Dios*, decía el apóstol á los fieles de su Iglesia cuando la fundaba, *ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dada.*

El mismo Jesucristo nos ha presentado con colores no menos expresivos este glorioso e inestimable carácter de nuestra adopción eterna. El había anunciado ya el descenso del Espíritu Santo, como el sello y corona de sus promesas, como el adelantamiento de su inseparable y natural cooperador en la alta empresa de la reconciliación del mundo, y nos había dicho que este gran Consolador de los hombres, el mismo que está en la altura de la inmensidad de la gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendría y sería el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitaría en ellos con una acción y presencia verdadera, lo que debe entenderse en el sentido natural de esta palabra.

Pasad, señor, reflexionad con atención la fuerza y energía de este discurso del Salvador cuando dice que se quedará para siempre con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo, esto es el que vive según los sentidos, no puede recibir, porque no le conoce; pero vosotros lo conocereis, pues el mismo habitará y reposará en vosotros.

Empezáis ya á divisar, señor, la supereminencia dignidad de que abais de vuestro vestido, y el motivo porque después de haber pronunciado sobre vos las santas palabras de la absolución, que sacan al pecador de sus cadenas y le hacen pasar á la clase de los escogidos, os contemplaba con admiración, como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Si, señor, yo veía en vos un vaso de misericordia, veía que en vos se obraba un estupendo milagro y que Dios derramaba todos sus tesoros en vuestro corazón. No hay respeto que no se deba á los herederos de la santa Esperanza. Y si cuando vemos á otro hombre pudiéramos saber que está en gracia de Dios y pertenece al reino de Jesucristo, debiera con su vista apoderarse de nuestro corazón una ternura religiosa, y postrados en su presencia adorar allí la infinita majestad del Señor, como en el más augusto de sus santuarios.

Así, señor, vuestra vida, que no ha sido lústa ahora

mas que un sueño fogaz, empieza á ser desde hoy una duración verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habéis comenzado vuestra celestial existencia, cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento va á llevar al trono de Dios un tributo de valor sobrehumano, vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones más comunes, todos vuestros movimientos y hasta vuestros desahogos y reposo van á ser contados y escritos en el indestructible libro de la vida, como acontecimientos destinados á hermosear la historia eterna de los escogidos, á ser objeto de la alegría de los bienaventurados y asunto de los cánticos de la celestial Jerusalén.

Porque nuestro Señor Jesucristo es la vida verdadera, y vos sois ya el sacrificio bendito en que corre y circula la vida de esta vid incorruptible y misteriosa. Si vos no hubiérais hecho otra cosa que asombrar al universo con la gloria de las hazañas más extraordinarias, vos no seríais porque muerto y vil á los ojos de Dios vivo; pero ahora porque estáis en su gracia y os aprovecháis de los méritos de Jesucristo, todo en vos le es agradable. Sus ojos se complacen hasta en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos le es indiferente, porque lo que nos parece nada en un judio es más para su vista que los truenos y los imperios. Todo lo que hacéis en adelante, por pequeño é imperceptible que sea, tendrá el mérito de proceder de vos, de vos que acabis de ser lavado en la sangre del Cordero y que le representáis la más querida y excoiente imagen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexión, y es que Jesucristo, este Hijo tan querido del Padre, no solo era un espectáculo grande para el cielo cuando en el curso de un mes empleaba toda la fuerza de su ministerio; lo era también en los días de su oscuridad, y cuando vivía oculto en la humildad habitación de María y José, cuando les obedecía con sumisión como pudiera el más pequeño de los niños de Nazareth, cuando con sus manos inocentes y tiernas trabajaba en el taller de un artesano, cuando partía con la más santa de las madres todos los penosos afanes de la vida doméstica, cuando nadie podía sospechar que la salud eterna reposaba bajo aquel techo humil e y que aquella pobre estancia tan poco conocida del mundo encerraba la esperanza de Israel, la gloria del género humano y el más rico tesoro de todo el universo. Cada suspiro del adorable niño que vivía en ella, sin que lo supiese el común de sus criaturas, salvaba al mundo entero y preparaba la asombrosa transformación que debería efectuarse y perfeccionarse poco tiempo después.

Es muy dulce para mí, señor, poder repetirte verdad tan agradable; ya sois una rama de este tronco precioso, un renuevo de esta raíz de inmortalidad, y todo lo que hagáis en esta unidad valdrá para vuestra salud eterna. Insisto sobre este pensamiento porque es el fondo y la sustancia de nuestra religión y no se medita bastante. El divino Maestro nos lo presentó con mil formas diferentes en el curso de su predicación. Parece que quería entonces hacernos cultivar esta verdad, reservando su entera manifestación para los últimos momentos en que debía conversar con los suyos.

Como si fuera su intención que el más alto consuelo que jamás se ha descubierto á los hombres, les llegase en la más amarga circunstancia de su vida, y cuando necesita-

ban del mayor valor para someteros á la necesidad de sufrir y morir; tal un amable bienhechor, después de haberos revelado tan claramente este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, los añadió: "Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y que vuestro reposo sea el último grado de plenitud y perfección (1)."

Yo escuchaba estas divinas verdades con un profundo recogimiento, y hubiera querido que este tan ilustrado intérprete de los oráculos sagrados no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de lo que la tenían en un continuo éxtasis de admiración. ¡Oh Evangelio divino! me decía yo en mi interior, ¡oh inapreciable tesoro de cie y de luz! ¡quién puede conocerle sin amarte! ¿Cómo es posible que ofreciendo tan inmensas riquezas á los hombres, haya tantos que sean tan infelices que te desconozcan y desestimen! Después de otras muchas reflexiones de esta especie y otros discursos llenos de unión y fuerza con que el siervo de Dios me sostenía, se despidió de mí y se retiró.

Quedé solo, Teodoro; ¡pero qué diferente de mí mismo! Este momento fué el primero de mi vida en que me ví conmigo á solas sin temor ni sobresalto. Jamás hasta entonces había podido dar un ojo á mi corazón sin una secreta diplosia, sin un confuso sentimiento de horror que me forzaba á volver los ojos á otra parte; pero esta vez ya empecé á mirarme sin pena, y en medio de los horrores y delitos que no podía disimularme, ví una dulce y halagüeña esperanza de que estarían perdonados. Mi alma reposaba ya con esta idea. Yo me encontraba con un hombre que por largo tiempo ha cargado un peso superior á sus fuerzas y que desahogándose de un golpe, se siente aliviado y dueño de sus movimientos; mi corazón había adquirido una nueva serenidad, mi pecho respiraba sin zozobra; entreveía un porvenir más tranquilo y un término á mi vida más dichoso.

Sobre todo, no podía concebir cómo había estado tan ciego para mirar con tanto horror la confusión que experimentaba ahora el único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, dicitos y desprecios con que había hablado de este saludable sacramento que no comprendía mi torpe necesidad. Lo que mi parecía más ridículo era que entonces no podía sufrir la idea de descubrir á un hombre prudente, mi amigo y mi guía, en el secreto de una confianza religiosa, los desórdenes y delitos que veían todos, pues yo no pensaba en esconderme de mis compañeros, antes al contrario, solo me ocupaba la vergüenza de mostrarme más tímido ó menos determinado á atropellar las obligaciones más sagradas y no respetar nada ni en el cielo ni en la tierra. Todos pues los que eran como yo, debían conocerme, y los hombres virtuosos no podían engañarse, pues aun cuando hubiera querido en su presencia afectar el esilio y la compostura de la razón, sola la virtud se parecía á sí misma. Sin forma y sin lenguaje tienen un carácter tan ingenioso, que todos los artificios de la hipocresía nunca ocultarán á darla un verdadero colorido, ni pueden engañar los ojos de los que saben conocer á los hombres, y más si los dota del cielo del don de discernir de espíritus.

A pesar de todo esto, yo tenía por cosa ridícula descubrir á un ministro de Dios mis delitos y flaquezas, yo mar-

(1) Joann. XV, II.

marba con los inescusados de la ley que obligó á los pecadores á revelar á un hombre la vergüenza de su conciencia, y decía, como ellos, que esta era el escollo terrible, el impracticable artículo de la religión. ¡Qué ciego estaba yo y cuánto ellos lo están! pues no ven que se descubren todos los días á todo el mundo y que su conducta habitual es una confesión pública del desorden que reina en su corazón.

«¿Quién será tan irracional y tan injusto que se queje cuando le libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de este medio tan humano y tan dulce! ¡No es Dios nuestro único y soberano bien (no es la felicidad eterna, el más alto y el solo digno objeto de nuestras esperanzas)! Aunque para obtener este bien infinito, para recobrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos y de cuanto más queremos en el mundo, y fuera menester meternos en horrosos desiertos, que repliésemos los ecos de las montañas y cavernas el son de nuestros dolientes alaridos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceración y penitencia, ¡quién podría titubear un momento!

«¿Cómo es posible soportar la idea de que una alma inmortal, una alma que nació por el bautismo destinada á recibir la ineffable gloria del que lo dió el ser, se ve por su culpa víctima destructible de su gloria! Pero este padre de misericordias que conoce el barro de que somos formados, no expone nuestra flaqueza á pruebas que la harían temblar, y es contenta para volver á recibirnos en su seno con una humildad confesión, un amoroso llanto y una efusión del corazón arrepentido.

«¿Y qué! ¡la naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de las aflicciones! ¡No es este el alivio de los grandes dolores! ¡No son estos efectos el mayor y más dulce refugio de nuestra sensibilidad cuando la afligen las desgracias! Debemos pues conocer que esta sabia y tierna disposición de la bondad divina en el orden de la gracia y de la vida eterna, es una imitación visible de lo que hace sentir la naturaleza á nuestro corazón cuando quiere consolarse ó salir de un extremo infortunio.

«¡Ay, Teodoro! ¡cómo conozco ahora los que con tan frívolos pretextos del amor propio, quieren justificar la impugnanza de confiar á un ministro de la religión el triste secreto de sus conciencias, están tan lejos de Dios como de la razón! Sola una alma inflexible que no ha experimentado todavía las primeras conmociones del arrepentimiento, podrá escuchar esas rebeliones del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son dignos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los pies de su hermano y su amigo. Cuando la religión no se lo mandara, el mismo por instinto de su dolor para deshagar su peso y buscar algún consejo ó alivio, volería á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzará á descubrirle todo lo que le aflige.

«Sin duda que el confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre, pero marcado con un carácter divino, que para aque-

lla función le eleva de su propia clase á una especie más

alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporación en el sacerdocio eterno de Jesucristo y su unión con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundación de su incorruptible y sublime imperio.

¡Ay, Teodoro! yo sola en mis necias burlas decir al buen Mariano, que Dios debe ser un amo bien exacto y riguroso,

CARTA XXVI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Ya to he contado, Teodoro mío, lo que me aconteció en aquel día memorable, en que mi iniquidad, como lo confieso, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino; ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso día. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginación bullía llena de muchas especies diferentes. Repensaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligía, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que antes se desconsolaba mi corazón, ni sentía ya aquellos violentos torcedores que destruían mi pecho.

En efecto, me parecía que sus agudas puntas estaban embotadas, pues no podía recordar mis delitos sin ver la bondad que dispuso los llorase y que confiaba me los había ya perdonado. No podía afligirme de mi miseria sin adorar la misericordia que se había dignado de curarme. Admiraba los extraños y raros motivos que me habían conducido á esta casa de Dios y veía la mano de la Providencia que había gobernado mis pasos. Sobre todo, reflexaba, procurando grabarlos en mi pecho, los discursos de mi nuevo y caritativo padre, en especial lo que me había explicado con tanta ternura y energía sobre el carácter del inflexible don que había recibido con la aplicación de la sangre de nuestro Redentor.

Con tantos y con tan interesantes especies no es extraño que el sueño huyese de mis ojos. Yo me alegraba porque no se apartasen de mi memoria los dulces y consolantes objetos en que se complacía. Era el plácido y apacible inmosto de un dichoso, que se salobra con las frescas impresiones de una felicidad residente y que no quiere alejar un instante desu espíritu la imagen de esta grande fortuna que ha mejorado tanto su destino. Esta vigilia era para mi alma y mis sentidos un reposo agradable, mi vices mas verdadero y delicioso que el que buscaña antes con tanta pena, creyendo gustarle en un sueño que no era mas que el cansancio ó el adormecimiento pensoso de un corazón fatigado de vicios y remordimientos.

pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y misericordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. ¡Dichoso este día, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra región, me veo en otro mundo, y mi corazón habita en una mansión cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te contaré esta nueva historia de mi felicidad. Adios, amigo.

Así en el espacio de aquella noche yo me hallé trasportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios. Todos los objetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecía que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliación y de mi paz, porque los mismos elementos, aunque privados de la razón, son enemigos de los que abandonan al Señor, y dan combates formidables á los insensatos.

Mi imaginación se paseaba con alegría inexplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento, y mientras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y antiguos monumentos de la gloria de Dios, una voz secreta me decía en lo íntimo de mi alma: baja los ojos, mirado á tí mismo, y considera que tí eres en este momento mas rico y mas opulento que todo cuanto admirabas en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te cercan: tu alma, en quien ya residen los divinos resplandores, publica con mas elocuencia su gloria, que todo ese luminoso aparato de los astros; pues esos globos que pueblan las regiones inaccesibles en que tu imaginación se abisma, perecerán, se acabarán, tendrán un fin; pero tú... tú permanecerás eternamente. De este modo á cualquiera parte que volvía los ojos no veía mas que objetos de consuelo que me trasportaban de alegría y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormí en estas agradables reflexiones; pero mi sueño no entorpeció mis sentidos ni me quitó el dulce embalse del feliz estado de mi alma. Era menos una interrupción de actividad y movimientos, que una seguida é intersección del recogimiento y reposo religioso en que mi corazón había sentido la abundancia con que Dios se comunica á los que le aman. Me parecía que hasta en aquel embalse de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresión que siente el alma cuando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró cuando desperté, pues entonces me pareció tenía un gozo articulado y mas completo de todos los tesoros de Dios. Yo me hablaba como un gene-

ral que durmiendo con dulce reposo después de haber conseguido una importante y difícil victoria, no ha soñado mas que en sus triunfos, y se alegra cuando despierta porque ve que no ha sido ilusión su sueño. Al instante que los primeros rayos de la aurora doraron los muros sencillos de mi inocente habitación, me puse en pié para cantar un himno de gracias al Autor de tanto bien. Sentí que mi alma estaba llena de su vida, y adoré en el fondo de mi corazón la realidad y la totalidad de sus luces, perfecciones y virtudes.

Poco tiempo después vino el ministro del Señor, dile cuenta de todo lo que había pasado por mí, levantó los ojos al cielo como para darle gracias, y volviéndose á mí, me dijo: Eao es, señor, haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra religión; porque su espíritu os libertamos de las inquietudes de la imaginación, del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos, anhelos y temores, y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones. Su intención es desembarazar el alma de todos los objetos inútiles que la fatigan y la turban, fijándola en su verdadera y natural función, que no se nieva nunea, en la contemplación y el amor de la majestad adorable y suprema, que es el principio de la vida y el origen de toda inteligencia.

Por este motivo Jesucristo, que descendió á la tierra para cumplir todo y reparar el desorden de la naturaleza, no se ocupó en otra cosa, cuando nos explica su doctrina, sino en volvernos á esta antigua y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender y toda nuestra necesidad de amar. Todo su Evangelio nos predica que es vanidad y locura buscar otros caminos de fidelidad, que no hay ni puede haber mas que uno, y que este es la soledad del reino de Dios y su justicia, que este reino está dentro de nosotros mismos, y que solo hallaremos en él este reposo que tan inútilmente buscamos en medio de las pasiones que nos consumen.

Si, señor, nuestra residencia en nosotros mismos lo incluye todo. Ella es el fin y la resulta de todos los designios de Dios, es el objeto que tuvo cuando nos dió á Jesucristo y su Evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad que se funde sobre otros gozes, y solo podrá darnos la perfección y el último grado de nuestro recogimiento en Dios. No podrá hacer mas que fijarnos en la contemplación y posesión de esta luz indefinible que se unirá con nosotros, que mas penetrará correrá en nuestra alma como un torrente de delicias, sin dejar subsistir en ella mas que un pensamiento solo, un solo amor.

Insed otra reflexion señor, que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instituir el inflexible misterio de la Eucaristía. ¡Cómo podría el hombre concebir jamás que su Dios no contento con haberse hecho hombre, con haber bajado al seno de María, con haber entre los hombres y morir por ellos, haya querido tambien después de resucitado y glorioso continuar este mismo comercio siempre que el hombre le llama, y que inventase para esto un medio que jamás las inteligencias criadas hubieran podido imaginar? Medio tan digno de su sabiduría como de su amor.

Pero no es difícil concebir que esta sea una parte del plan de intimidad y comunicación que Dios ha tenido siempre, y que este misterio no es mas que una extensión de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de quererse unir con el alma que crió á su semejanza. Como mientras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunicación que la ha destinado en la celestial Jerusalén, Dios la ha querido suplir dándole un pan de vida, de quien dice que el que come habita en Dios y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesucristo, sino tambien la plenitud de su divinidad, le trasforma en sí, se une íntimamente con él, y produce en el alma...

Yo no pude oír hablar al padre de este sacramento sin sentirme inflamado. Ya había hecho reflexion de que el padre hasta entonces no me había hablado de comulgar, y aun que me había yo propuesto dejarme conducir en todo por su celo, sin poner de mi parte mas que una humilde obediencia, no pude contenerme, y le interrumpí diciéndole: ¡Y qué, padre! ¡jamgue yossea peccador tan indigno, no podré abstener por mi dolor y la bondad divina, pedir ese pan! El padre me respondió: Si, señor; podéis y debéis pedirlo. Yo me alegro que lo pidáis. Este pan no se debe obtener sino cuando se pide mucho, y aprovecha al alma á proporción del hambre con que se pide.

Debo añadirnos que segun la práctica comun, yo pudiera dársele. Vos lo estáis, segun lo espere de la bondad de Dios, purificado por la penitencia de toda culpa mortal, vos estáis en la firme resolucion de no volver á cometerla, y espero mas, que ya estáis en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada mesa, y obtener de la Iglesia este divino pan, hasta para no comulgar indignamente; pero señor, son necesarias otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta acción es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apenas bastaria para prepararse á ella, y me parece que cuando se sale de una larga vida llena de impureza, es conveniente purificarse algun tiempo antes de acercarse al altar. El apóstol manda probarse antes el hombre á sí mismo. ¡Qué prueba puede haber hecho el que no ha tenido tiempo de probarse! Por otra parte, yo sé que este pan sirve tambien para sostener á los débiles, y que la sinceridad de la penitencia suele servir el tiempo. Permítilme solamente que os haga algunas reflexiones del elemento Masillon, y vos mismo juzgaréis lo mucho que os debía disponer para recibir á vuestro Dios. Yo le respondí que le escucharia con respeto, y él continuó:

La comunión es la mas alta, la mas sagrada acción del cristianismo. Su objeto es hacer nacer á Jesucristo en nuestros corazones, y si no le hace nacer, mueren ellos por nuestra indisposición; si no es para nuestra alma un fruto de vida, es una señal de muerte terrible alternativa; y no por eso digo, que debemos alejarnos de la santa mesa. El pan que se distribuye en ella, es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el arrimo de los débiles, el consuelo de los tristes, y la mas segura prenda de la inmortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo que lo seria mas recibir sin estar bien preparados, sin haber vestido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que merece acto tan divino y que solas pueden darnos el comercio con fructo.

Nadie ha explicado mejor cuáles deben ser estas disposiciones que el apóstol, y resumida su doctrina no nos enseña, que debemos traer á este convite divino una fe acompañada de cuatro calidades, y son: que sea tan respetuosa que discerna el cuerpo de Jesucristo; tan prudente, que pruebe y se asegure de su propio corazón; tan ardiente que le obligue á amar, y tan generosa que esté pronta á todo sacrificio. Explicámoslas las circunstancias y naturaleza de esta fe sucesivamente.

Cuando el apóstol dice que esta fe debe ser tan respetuosa que discerna lo que hace, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva que sabe penetrar las nubes que rodean el trono del Cordero, de aquella fe que así le ve tal como es, de aquella fe que á pesar del velo con que este verdadero Moisés se cubre en esta montaña santa, no deja de divisar su gloria y no puede sostener un resplandor; de aquella fe que sin atreverse á fijar temerariamente su inmensidad, se sienta penetrada de su presencia.

Habla de aquella fe que ve cómo los ángeles descienden del cielo y se entran con sus alas, y que ve cómo las columnas del firmamento tiemblan delante de un terrible majestad; de aquella fe á quien los sentidos no padieren afilar nada, y que es dichosa, no solo porque cree sin ver, sino porque cast ve lo que cree; de aquella fe tan reverente, que se apodera de ella un terror religioso desde que se pone á pie de vista del santuario, que se acerca al altar, como Moisés á la sagrada zarza y como los israelitas al monte de las tempestades; de aquella fe que sintiendo todo el peso de la divina presencia, exclama como san Pedro: Señor, retráete de mí, que soy un pecador; en fin, de aquella fe cuyo respeto se acerca al terror que necesita de que se la anime, que desde que descubre á Jesucristo en el altar, sienta la fuerza de su impresión, se turba y teme, y porque su ropa nupcial no es tan blanca como debe desear.

¡Ay, señor! cuando Jesucristo se muestra en el aire sobre una nube resplandeciente, los hombres se caerán de terror, los vanos se esconderán en las cavernas mas profundas y pedirán á las montañas que se desplomasen sobre ellos. Entonces no necesitarán de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice que el mismo Jesucristo está en el santuario como sobre una nube de gloria, que desde que el sacerdote pronuncia las palabras misteriosas, la sustancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorable Redentor, los espíritus celestes descienden del cielo para adorarle como sus ministros, y alternan con los hombres los cánticos de alabanzas.

La fe nos dice que aunque Jesucristo está en el trono de su misericordia y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le pidan, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones; que en esta multitud de adoradores que llenan sus templos, distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno, que allí separará los buenos de los malos, que traerá rayos en una mano, y coronas en la otra, que pronunciará á unos sentencia de vida y á otros de muerte, y que con una mano invisible grabará sobre cada frente el carácter de la elección ó de la reprobación eterna.

¡Ay, señor! cuántos habrá que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí se, presentarán con falsa seguridad! ¡Cuántos que mientras Dios los señala un lugar en los

eternos abismos, van á tomarle con temeridad en su santa mesa! ¡cuántos que la justicia divina po e entre los hijos de la cólera y se atreven á ingerirse entre los hijos del amor! La carne que da la vida se convierte para ellos en carne que los ocasionará la muerte. El Cordero sin mancha, que puede lavar todas sus culpas si se recibe indignamente, servirá para aumentárlas, y el que debiera ser su Salvador es entonces su enemigo.

En otro tiempo no se podía ver á Dios sin morir al instante. Un pueblo entero de babilonias, por haber visto el arco con curiosidad fué exterminado. El ángel del Señor cubrió de llagas á Eliodoro porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalén. Los israelitas en el desierto no podían acercarse al monte en que Dios daba la ley, los rayos y relámpagos amenazaban á los atrevidos, el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham, y ahora, porque no salen del santuario torbellinos de fuego, ¡nos podremos acercar sin terror y respeto!

¡Qué débiles somos los hombres! ¡qué ciegos! Nada nos hace impresión sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo somos religiosos cuando el Dios que adoramos se muestra terrible; pero si aspiráramos discernir el cuerpo del Señor, si la fe de su presencia nos hiciera la impresión que nos haría sin duda su presencia visible, ¡veríamos á su mesa tan tibios, con devoción tan floja y con un corazón así insensible! ¡nos dispondríamos tan fríos y tan ligeros! Esta idea nos ocupara, nos agitará mucho tiempo antes, necesitaríamos de mucho esfuerzo para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta majestad.

Los días que precedieran al sagrado convite fueran días de retiro, silencio y oración. Cada día que pasara aumentaría nuestra atención, temores y alegrías. Este pensamiento no padiera abandonarnos en nuestros negocios, conversaciones y las demás acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño, porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamás olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesucristo. La figura del mundo lejos de encantarlos, no supiera detener nuestra vista, invieramos ojos que no vieran, y solo la imagen de tan alto objeto nos obligaría á fijar nuestra atención. Esto sería discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernirla una alma vulgar que nada tiene de vivo, de grande ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que tenga mas gusto y mas hambre de este pan celestial que de todas las viandas de Egipto; una fe que halle en esto pan el único consuelo de su desierto, el alivio mas dulce de sus penas, el sagrado remedio de sus males y el anhelo continuo de sus ansias.

Una fe que encuentre en él la luz de sus oscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma en sus degradaciones, un asilo en los rigores de la suerte, un escudo contra los ataques del demonio, un refrigerio contra los estragos de la carne rebelde y un nuevo ardor en las tibiezas de la desercion. En fin, discernir el cuerpo del Señor es poner mas cuidado, mas atención, mas respeto en recibirlo que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues examinarse sobre esto y óir lo que nos dice la conciencia.

También es menester examinar si tenemos fe prudente, esto es, que nos probemos y nos conozcamos. Bien sé

señor, que nada se nos esconde tanto como nuestro propio corazón, que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él, que las pasiones nos seducen, que los ejemplos nos tranquilizan, que los errores nos engañan, que las inclinaciones nos arrastran, que el corazón cree siempre tener razón y que muchas veces porbase á sí mismo no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Bien sé, digo, que el hombre es así cuando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior que alumbra los ojos de su alma y que enseña á conocerse, á descubrir los artificios de las pasiones y forma á un hombre que juzgue de todo por el espíritu. Debe pues probarse por reglas de la fe. Y si hay objeto en que sea importante no engañarse, es sin duda en este que un sacrilegio sería la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la santidad del sacramento y sobre nuestra propia corrupción. Cada cual debe decirse: voy á recibir el cuerpo de Jesucristo; él es el Cordero sin mancha que no quiere que rodeen su altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos ó que los han lavado en el sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, que te acercas con tanta seguridad! ¿Llevas contigo tu candor y tu inocencia! ¿has conservado siempre intuto el vaso de tu cuerpo entre el honor y la santidad! Si por desgracia estás todo cubierto de llagas vergonzosas, si en tu cuerpo no se ve una parte que no tenga marca de delito, ¿dónde pondrás la carne del Cordero?

¿Qué pues! ¡esta carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, sepulcro horrible que ha exhalado tanto veneno! ¡ese carne que se dejó sacrificar con tanta dulzura, podrá residir en el instrumento de tus venganzas! esa carne crucificada podrá unirse con tu corrupción y sensualidad! Ella debiera ir á tu corazón; pero ¿cómo encontrarán en él dignidad? ¡A no has hecho este santo templo caverna de ladrones! ¡La pondría entre tantos deseos impios, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambición, de envidia, de odio y de orgullo! Tú le preparas su habitación en medio de tan execrables monstruos. ¡Ay! tú le entregas á sus enemigos y le pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado y que la sangre del Cordero ha podido lavar tus iniquidades; ¡pero le quieres recibir con la misma boca con que acabas de vomitarlas! Tu corazón está humando todavía con el fuego de muchas pasiones mal apagadas que pueden mañana volver á inflamarse; ¡y te atreves á presentarte á los pies del altar para participar de los santos misterios! Tu imaginación sin duda tiene frescos todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al sacerdote; ¡y te vas con ellas á gustar el pan de las almas puras!

Tiempos hubo en que un gran penitente no se acercaba á la mesa del Señor sino después de años enteros de humillaciones, ayunos, oraciones y austeridades. Se quitaba primero con el dolor, con las lágrimas y los ejercicios públicos de una penosa disciplina; se hacía un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua mas que la memoria para avisar su arrepentimiento; sus delitos pasados no dejaban otras huellas que las que cubrían las maceraciones de la penitencia para borrarlas: en fin, la Eucaristía era entonces el pan del cielo que el pecador no oshaba co-

mer sino con el sudor de su frente. La Iglesia ha templado hoy el rigor de estas disciplinas; pero conserva siempre un mismo espíritu, un mismo deseo.

Este pan es ázimo, y para comerle es menester estar exento de toda levadura. Por otra parte, esta es la vianda de los fuertes. ¿Y cómo una alma que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha resistido tantos años á la gracia y que tiene tan larga experiencia de su fragilidad, puede tan repentinamente considerarse fuerte! ¡No concordará primero examinarsse, probarsse, crecerse, fortificarse, ejercerse en la caridad y en actos contrarios á los de sus primeras pasiones! ¡No será mas acertado acostumbraarse poco á poco, preparándose con el retiro, la oración, la fuga de las ocasiones y con victorias continuas de sí mismo! Pero en todo caso el confesor dispondrá lo que mas convenga y expondrá otras consideraciones segun las circunstancias de su penitente.

El Dios que se recibe est tan puro, que los astros no lo son en su presencia; tan santo, que al primer pecado del ángel le precipitó del cielo y abrió los abismos para que un caos inmenso le separase de él eternamente; tan celoso, que no solo mal desea le ofende. Es menester pues darle gloria, adorar el propio corazón en su presencia y decirse: voy á alimentarme de la carne de Jesucristo y convertirla en mi sustento espiritual; ¡no hallaré en mi alma nada indigno de su santidad! Nada se le puede esconder. El ve las intenciones y las inclinaciones secretas; verá la causa y el principio de sus malos usos, examinará si el inmundicia está ya seco ó si solo está suspendido su curso.

¡Ah! si me dijera como á Zacarías: ¡Ay! he entrado la salud en tu casa; pero está dependida de mí. ¡Estoy resuelto de buena fe á dejar á esta pasión que ha sido tan fatal á mi inocencia! ¡esta idolatría de riquezas que me ha conducido á tantas injurias! ¡esto fervor de juego que tanto ha dañado á mis negocios, salud y salvación! ¡este carácter altivo, este genio soberbio que no puede sufrir la menor contradicción! ¡esta vanidad que pretende salir de la esfera en que mis mayores me dejaron! ¡esta envidia que me afige por la reputación ó prosperidad de mis iguales! ¡esto orgullo maligno y censor que quiere juzgarlo todo y jamás á sí mismo! y en fin, ¡este año de delicias y este horror á la cruz que hace como el fondo y la sustancia de mi propio ser!

Es verdad que vengo de confesar estos delitos al ministro de Jesucristo; ¡pero estoy bastante preparado! ¡soy ya una nueva criatura! ¡estoy resuelto! ¡soy ya vuestros ojos, oh mi Dios! ¡no me doy el nombre de vivo estando quizás muerto! ¡Alumbread, Señor, y no permitáis que vuestro Cristo, que vuestro santo descienda en la corrupción. Ve aquí, señor, como es necesario probarse, y si no os sentís en este estado de pureza de conciencia, alejades del altar. La carne del Verbo no quitará vuestra mancha; antes añadirá otra nueva. Vuestra religión será vana, vuestro culto idólatra y vuestro sacrificio sacrilegio.

Pero no basta quedarse en el desahucamiento y en la prueba; es necesario añadir otras disposiciones. Habiendo tomado medidas para no recibirlo indignamente; pero sin os falta lo que es propio para recibirlo con fruto; porque además de lavarse de los delitos, es menester vestirse de un deseo de servir justa y santidad. Es poco no ser traidor como Judas; es menester desear amarle como los otros

discipulos. En una palabra, no basta dejar de ser mundano, profano, orgulloso, vengativo, altivo, perezo, en fin, aborrecer el vicio; se ha de amar tambien la virtud y sus daleis, humildad, caritativo, casto, fiel, buen cristiano y recibir su sagrado cuerpo en memoria y por el amor de Jesucristo. Esta es la fe que es lo dicho que debe ser ardiente y que nos maneva á amar.

Porque quisé comulgar en memoria de Jesucristo sin hacer memoria de todo lo que sintió su corazón en la institución de este sacramento? *He deseado con ansia, decía (1) á sus discípulos, comer esta pasuca con vosotros.* Anhelaba pues con ardor que llegase este feliz momento. No le perdia de vista y se consolaba con esta memoria en las amarguras de su pasión. ¡Y qué quería decir con esto sino que se ha de traer á la divina mesa un corazón poseído de amor, un corazón ansioso con hambre y sed de Jesucristo? Porque que san pan pide un corazón hambriento.

El cristiano fiel le dios con san Agustín: Venid, Señor, á tomar posesión de mi alma, para ocuparla toda y reinar solo en ella, para habitar conmigo hasta la consumación de los siglos. Quizá mi alma es indigna todavía, pero vos la podéis hacer digna; adordadla con vuestra gracia, purificarla con vuestro contacto, renovad su juventud como la del águila. Si aun le quedan soñoles de sus antiguas culpas, vuestra sangre acabará de borrarlas. Venid, Señor, y con vos me vendrá todo; haceme gustar enán dulce sois.

¿Cómo puede tener estos sentimientos el que va con corazón frío y gusto atenuado, el que acaba de gustar las diversiones y alegrías del siglo y aquel á quien ocupan todavía los negocios del mundo y el tamulto de las pasiones. ¿Cómo podrá sentir la ineffable dulzura de este pan celestial? ¡No es natural que al pié del trono de la gracia ha! lle las imaginaciones de placeres tan recientes, de intereses tan vivos, de proyectos tan ardios, y de ideas que insisten sobre el corazón impresiones más fuertes que la presencia del Salvador, le arraquen del altar de Sion para transportarle á Babilonia?

Comulgar en memoria de Jesucristo, es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encender el fuego del corazón que le ama. La ausencia entibia los afectos. Jesucristo previó que sus discípulos olvidarían sus beneficios é instrucciones. Moisés no estuvo más que enveñata días en el monte, y ya los israelitas habían olvidado los milagros que hizo para sacros del Egipto. ¿Dónde está este Moisés? decían entre sí, busquemos dioses que nos defendan.

Para vencer esta inconstancia del corazón humano, Jesucristo nos dejó una prenda que renueva su presencia y quiero que con ella nos consolamos de su ausencia sensible, que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios y de toda su divina persona, y que al través de esta misteriosa soñle le veamos nacido en Belen, criándose en Nazareth, conversando con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno había hecho, escogiendo discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jern-

(1) Luc. XXII, 15.

salen con gloria, conculdo con ignominia al Calvario, expirando sobre una cruz, recordando de la muerte y del linero, llevado consigo al cielo los que estaban contigo, como trofeos de su victoria, y en fin, formando su Iglesia con la efusión de su Espríta y la abundancia de sus dones en una palabra, que en ella hallemos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisóstomo decía á su pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una mujer que tocó sus vestidos, de una pecadora que le regó los piés con sus lágrimas, de las mujeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirle, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salían de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron; profetas y reyes le desearon en vano, y vosotros si queréis, solo con venir al altar podéis verle, besarle, darle un óculo santo y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si queréis, podéis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para adorar las huellas de sus piés; pero no es necesario correr tierras ni atravesar mares; la salud está cerca de nosotros y su reino dentro de nosotros mismos. Mirad este altar, abrid los ojos de la fe y veréis no lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo. Acercaos en memoria suya y que vuestro corazón se derrita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entonces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser más viva, que debe estar más presente al corazón y al espíritu para corregir nuestras flaquezas; y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazón todos sus sentimientos y le quedan algunos de los que tanto noceramos á esta luzerna oscuridad llevando consigo restos de cavidades, delicadezas y amor propio, no haberos despendido de la sensualidad, de los deseos de agrandar al mundo, de la estimación injusta de riquezas, vanidades y honores, sentiras pedro del mas ligero discurso, no poder sufrir la menor señal de desprecio, comulgar, en fin, sin traer la semejanza de Jesucristo con la humildad, la paciencia y todas sus demás virtudes, no sería comulgar en su memoria.

Bien sé que muchas de estas cosas no siendo más que imperfecciones y flaquezas, no deben siempre embarazar la comunión, que solo el pecado mortal, que quita la vida de la gracia, debe ciertamente impedir que se acerque al altar. Así, no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca y acabe de curarlos de estos males que lloran; pero volveré á repetir, que si no se comulga indignamente, por lo menos no se está todo el fruto que se puede. Y además, quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazón sino el supremo Juez que lo ve por dentro? Lo que los hombres podemos saber es que cuando se comulga, con tantas imperfecciones y flaquezas, no se comulga como desea Jesucristo, como el pecador necesita y como es menester para que sea en memoria de su Salvador.

Lo que podemos saber es, que es peligroso comulgar en este estado cuando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarle, que los apóstoles no fueron admitidos á la comunión sino después que el Señor les lavó los piés, aunque les había dicho que estaban puros. ¡Y nosotros llenos de

miserias y casi sin deseos de mudar de vida, nos atrevemos á tocar y á comer del pan de que los ángeles no son dignos?

¿Qué pecador no debiera exclamar: ¡Oh Dios! ¿qué es lo que soy yo á tus divinos ojos? ¿cómo me mitas ya, escudriñador vertidico de los corazones? Nadie puede agradar y desgradarse á medias; no hay medio entre la inocencia y el delito. Si no soy un justo, soy un delincuente; si no soy vaso de honor, es preciso lo sea de ignominias; si no soy un ángel de luz, lo soy de tinieblas; y si no soy un templo vivo de vuestro espíritu, no puedo ser más que un profanador. ¡Qué motivos, señor, para excitar vuestra vigilancia y atención sobre nosotros mismos, para examinarlos, para probarnos y sujetarnos con humildad á la dirección de un ministro prudente!

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa, ¿con cuánto terror, circunspección y humildad debemos acercarnos al altar? ¿con cuántas lágrimas y compunción debemos sentir nuestra indignidad? ¿con qué ardor debemos pedir que supla estos defectos la bondad divina, y que este mismo pan de que nos reconocemos indignos nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor? Con esto comulgáramos en memoria de Jesucristo, pero tangamos presente que para hacerlo mejor, imitando los ejemplos de su vida, debemos tambien renovar la memoria de su muerte y anunciála. Esta es la que he llamado fe generosa.

El apóstol nos dice que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo, anunciamos su muerte. ¡Y cómo la podremos anunciar? Nada es mas caro, y todos los que comulgan la anuncian, tanto el que la profana como el que la recibe en gracia; porque este es un misterio, y no un privilegio del que le recibe; es un efecto necesario de su institución, y no depende de la disposición del que comulga. El apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso y le comamos dignamente. Nos explican los misterios que incluyen para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunión pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos porque la Encarnación fué el preludio de su pasión. En los siglos primitivos este misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecución empezaba, todos los fieles se fortalecían con este pan de vida, llevaban á sus casas este precioso tesoro, y con esta prenda de inmortalidad no huían de la muerte, muchos la buscaban con ardor. En las prisiones se alimentaban al él esperando el martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares que no presentaban más que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salían para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza y detrahaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimidad que llenaban de estupor á sus tiranos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor preparándose al martirio con la comunión.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte sea hoy la recompensa de la fe, si nos faltan aquellos tiranos extranjeros, no tenemos otros mas crueles porque son interiores, y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber

otro de amor? ¿No pueda una alma enamorada anunciar la muerte de su dueño, suspirando por la disolución de su cuerpo con el deseo de ir á gozar cara á cara? ¡No puede, mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abismo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazón y volar con las alas de la palma ó la santa montaña á que voló su esposo? Si puede, y estos debían ser los deseos del que viene al altar. Cada uno que comulga fervorosamente debiera con sus suspiros aproustar el fin de su destierro y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

Tambien este misterio anuncia la muerte del Señor, porque Judas formó en él la última resolución de venderlo. ¿Qué debo producir en el que comulga este recordado sin el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comunidades sacrilegas que crucifijan de nuevo á Jesucristo, lloran los ultrajes que crucifijan la muerte del Señor, por que el que el mas alto de sus beneficios sea ocasión de los dolores más horribles, temblar por sí mismo, adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios, y regañe aparte de nosotros las calamidades que esto debió apear á la tierra? Porque si el apóstol ya se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinis y tantos otros males eran efecto de la profanación de este sacramento, ¿cómo no debemos pensar que tantas guerras, desolaciones, esterilidades y demás males que nos rodean, no tengan tambien el mismo origen?

Se anuncia tambien la muerte del Señor porque siendo la hostia el cuerpo de Jesús crucificado, el que la recibe debe estar al pié del altar como si estuviera al de la cruz. Debe estar como las mujeres y discípulos que recogieron sus últimos suspiros y fueron testigos de la consumación de su sacrificio. ¿Qué debían pensar estos corazones fieles de un mundo que crucifijaba á su Señor? ¿con qué ojos podían ver á sus crueles verdugos ¡temeraria declararse discípulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador?

El que comulga, pues, y no se declara sino á medias y casi se avergüenza de la cruz de Jesucristo, el que mezcla cierto aire ó gusto del mundo con la virtud, el que no confiesa á Jesucristo con la frente descubierta, que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le olvida, de una concurrencia en que se le ofende, de un empeño en que se aventura la inocencia, de cierto género de vida que el mundo llama necesario y es conforme á las máximas del Evangelio; este no anuncia la muerte, no es de los discípulos de Jesucristo; por el contrario, conserva inteligencia con sus enemigos y quisió lo es él mismo, porque Jesucristo ya venió al mundo, ya condenó sus máximas y errores. Anunciar su muerte es recordar su victoria, y el corazón que vive todavía con la vida del mundo, destruye el fruto de su muerte, disputa á Jesucristo el honor de su triunfo, y en vez de anunciarla tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte, este misterio es la consumación del sacrificio de la cruz, porque nos aplica su fruto, y nada puede darnos en la comunión derecho al fruto de la cruz, sino los ejercicios de la misma cruz, los sufrimientos, las mortificaciones y una vida penitente y austera. ¿Cómo, pues, el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor? ¿cómo el que no tiene otros que sus infortunios, y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber

tarlo con una carne crucificada? ¿quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas con miembros delicados y sensuales?

Esta mezcla fuera monstruosa. El cuerpo de Jesús está crucificado, sus miembros todos padecen. Si el que organiza no ha mortificado su cuerpo, si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos, si ha pasado su vida en una voluptuosidad inhumana, si las aflicciones lo impacionan, si lo que contradice á su cuerpo le oxupara, si no ha impuesto obras de mortificación ó si no pudo bien las que Dios le envía, jamás podrá unir su cuerpo con la carne de Jesús; y val á maravilla por qué una vida infame y florecida sea un mal anuncio para la comunión.

En fin, se anuncia la muerte del Señor en este misterio porque el Señor está en él como en una especie de muerte; tiene bien y no habla, ojos y no se sirve de ellos, pies y no anda. Esto es el estado y el modo con que se anuncia su muerte cuando se recibe su cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra, una boca instruida á callar, ó no hablar más que de Dios, una pié y manos inmóviles para las obras del pecado, los sentidos muertos, miembros mortificados, en una palabra, una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesucristo en la Eucaristía, es el que debe tener el cristiano en la tierra, estado de retiro, de silencio, de paciencia y humildad. ¿Cómo está Jesucristo en la Eucaristía? Retá en el mundo como si no estuviera; está en medio de los hombres pero invisible. Ve sus vanos discursos, sus esperanzas frías, sin tomar parte alguna. Ve sus solitudes y agitaciones y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, se le ultraja y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos como á los respetos. Ve que se renuevan los siglos, las familias y los imperios, que las constituciones se mudan, que el gusto de los hombres y de los tiempos varía, que los usos pasan y se renuevan, que el mundo instable está en revoluciones continuas, que las herejías prevalecen, que su heredad se divide, que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastoran el universo entero, y él permanece tranquilo entre tantas ruinas. Nada puede sacarle de la íntima inflexible atención con que se une á su Padre; nada turba el divino reposo con que siempre vivo su santuario está intercediendo por los hombres.

Ve aquí el dichado de los que van á recibirle. Han de llevar á la sagrada mesa ojos, en cuanto sea dable, cerrados á todo lo que pueda lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circospección y de pudor, oídos castos que no escuchan los silbos de las serpientes, ni los dulces sonidos del delirio que corrompen el oír, una alma tan insensible al desprecio como al elogio independiente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con indiferencia todo lo que pasa, que solo esté atento á su objeto, que es la eternidad, que no pierda de vista á su Dios y que tenga su conversación en el cielo.

No digo que se deba excluir del altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues está debe ser el afán de toda la vida, y la misma carne de Jesucristo nos debe ayudar en esta empresa; pero digo que para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas ganando alguna cosa cada día; es menester expiar con el retiro, el silencio, la oración,

el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganamos sobre nosotros las impresiones del mundo y levantarnos con ventaja de sus oídas.

Quiero daros á entender que este sacramento más ha de ser el fruto que la señal de la penitencia, que para poder sustentarse con la carne de Jesucristo, es preciso vivir ya con su espíritu, que la plenitud del Espíritu Santo ha de venir á morar en su alma para el divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella, que la lectura de los libros santos y los rigores saludables de la penitencia deben preparar en el corazón la habitación de Jesucristo á fin de que sea el arco santa en que esto maná se deposite en modo de las tablas de la ley y de la vara de Aarón.

Quiero haceros comprender que nada debe hacer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo y que debe volver á ellos, como combatir sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesión, que Jesucristo puede ser ultrajado en su santuario como en las asambleas de los penitentes; en una palabra, que para presentarse con decencia en la mesa del esopo, es menester que la esposa vaya vestida de la ropa nupcial, de una fe resplandeciente que la disuena, de una fe prudente con que se prueba, de una fe viva que ama y de fe generosa con que se sacrifica. El que no va con estas arcas, deshonra en cierto modo la dignidad del esopo en el sagrado convite de su amor.

El cristiano tenía una fe tan ilustrada como viva, era tan rico en buenas obras, que hacía erigir edificios públicos en honor de Dios, y con todo, no se cree digno de recibirle en su casa. María, la más perfecta de todas las criaturas, se asombra cuando un ángel la anuncia que el Verbo iba á bajar á su seno, se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su mesa con tan poca precaución? ¿cómo se atreve á presentarse el que no puede ofrecer más que las obras de un corazón que el mundo ha pervertido largo tiempo, que no sabe si ha podido arrojarse por entero ó si aun le queda algún afecto secreto y delincuente á las criaturas? ¿el que aunque arrepentido, tiene á la vista obras consumadas de pecado, que acaba de cometer, y que quizás no puede presentar más que débiles esfuerzos de salud, deseos que pueden malograrse, intenciones que pueden pervertirse?...

Al oír estas palabras, mi corazón que después de largo tiempo estaba comprimido, no pudo más, y sin que yo pudiera detenerme prorumpí en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los alaridos salieron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo quería hablar y yo podía. El llanto me anegaba y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentía mi indignidad corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido escondirme de los ojos de la tierra y á las luces del cielo. No podía arrojarme, y echándome á sus pies apenas pude decirle con labio balbuciente: *¡Si, soy indigno!* El padre me rogó en sus brazos, se enterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenaron también de lágrimas, y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz, y cuando me vió un poco sossegado, me dijo: No os aflijáis, señor, nada de lo que he dicho debo contentaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto sacramento; que la intención de la Iglesia es que las pruebas y

la penitencia le precedan, y por eso ha dispuesto que la comunión pasual no se diera sino después de los cuarenta días de cuarecena, mostrándonos que los grandes pecadores necesitan de algún tiempo de pruebas y mortificaciones para lavar sus pecados, para purificarse con la oración y los ayunos y prepararse con esto á la participación de los santos misterios. Nos quiere hacer ver que conviene poner algún intervalo de penitencia entre los desórdenes y la mesa del Señor, para pasar del delito al altar, sería, dice san Bernardo, consumir la iniquidad en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero, señor, estas máximas que son generales tienen sus excepciones, y la prudencia debe moderarlas. Cuando la comunión es viva, cuando las lágrimas de la contrición son abundantes, cuando se ven señales de una conversión sincera, eficaz y completa, la misma Iglesia aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este pan celestial. La gracia suele obrar estos afectos, y hay penitentes tan arrepenidos que apenas dicen al padre de familias: Pagué contra el cielo y contra vos, cuando se les puede sentar á su mesa y restablecerlos en todos los derechos que habían perdido.

Por otra parte, una alma, aunque sinceramente convertida, aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones, no puede estar segura de resistir á los peligros, si se considera la inconstancia humana, y es menester sostenerla y fijar su voluntad con la gracia de los santos misterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro, lejos de purificarse con la penitencia, podría debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia están llenas de condescendencia, de caridad y de cordura, no tienen otro objeto que la salvación de los pecadores, y todo lo que conduce á este fin es lo que se conforma más con sus intenciones. Así, conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas, y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas, señor, me persuaden de la grandeza de vuestra comunión, y si como ero un desco ardiente y sincero de recibir á Jesucristo es lo que os impelo á venir á su altar, la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos pues, preparados, y yo soy el que os conduciré. ¿Teodoró cuando el padre me habló así, cuando le oí que yo podía recibir al Señor, no sé qué terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos,

un frío general me corrió por todos los miembros, y el corazón me batía con violentos latidos.

Pero habiendo reconocido por sus discursos cuán indigno era de tan excoela don y que su prudencia no me le concedía sino por atemperarse á mi flaqueza, le respondí que penetrado de mi indignidad, yo me sometía á todas las pruebas y á todo el tiempo que quisiera imponerme, que yo desaba ser menos indigno, y que él podía dictarme todas las leyes que quisiera. El padre me respondió que no era menester detenernos más, que Dios por su misericordia daría á mi alma las mejores disposiciones; pero yo que volvía los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que había pasado después de mi conversión, lo reciente de mis delitos y la falta de mi penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así volví á repetir que yo esperaba todo el tiempo que quisiera, y aunque el padre me volvió á replicar que no, yo no me atrevía á consentir. Este debate duró algún tiempo, y hasta que el padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinación no fuera cristiana. Vos no debéis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro juez, y soy yo quien os debo juzgar. También sabéis que estoy para con vos en lugar de Jesucristo, que os hablo en su nombre y que me debéis obedecer. Tomemos pues un temperamento que deje algun ensaño á vuestra humildad, al desco que tenéis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podéis sacar del don divino. Hoy es lunes; desinamos el domingo, día de la Resurrección del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis días; ocupámoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamás será como debemos, pero fítemos en la bondad divina. Ya es tarde y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí que estaba pronto á obedecerle en todo y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos, porque yo me sentía tan indigno de este excoela favor como incapaz de disponerme solo. El me lo prometió y se fué. Yo, Teodoró, quedó desasosgado, pareciéndome que el padre me había señalado un término muy corto y acasándose que el terror se apoderase de mí más que la confianza. Mi noche no fué ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente día. Adios, amigo.

